

TIBURÓN ROJO

JUAN ANDRÉS GALÁN



Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: Tiburón rojo
Autor: © Juan Andrés Galán

Copyright de la presente edición © 2008 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-529-5
Fecha de publicación: Junio 2008

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Díaz Tuduri S.L.
Depósito legal:

ÍNDICE

Prólogo.....	11
La captura	17
El presidio.....	31
Una visita con el gobernador.....	41
Regreso al presidio	59
La llegada del Gran Capitán	65
La fiesta.....	77
La entrega del Gran Capitán.....	95
El secuestro	105
El encuentro	121

El rescate	133
Nacimiento de Tiburón.....	153
En busca del capitán Drook.....	171
La traición.....	177
El descanso	189
El paradero del capitán Drook.....	197
La tormenta	201
El ataque	207
La reunión	221
La decisión del capitán Drook.....	225
El motín.....	235
Una isla desierta	241
El rescate de Tiburón.....	269
La sorpresa.....	279
La isla de San Benito	285
Batalla en alta mar.....	291
El nuevo goberandor de Auruga.....	313
EPÍLOGO: Viejos enemigos	329

El valor se mide por la
cantidad de miedo que una
persona es capaz de soportar.

JOHN STREET

XI

Nacimiento de Tiburón

Una vez a bordo del *Gran Capitán*, Tiburón hizo que Mercedes se alojara en su camarote, el único lugar del barco que reunía las condiciones de limpieza y comodidad para poder ser ocupado por una mujer. Aún así, distaba mucho de poder ser el espacio ideal para el alojamiento de una dama, pero era lo mejor que él podía ofrecerle en aquellas condiciones.

Ella lo sabía y procuró no hacer ningún comentario al respecto. Durante unos segundos estuvo a punto de pedirle, incluso de rogarle que no la dejara sola en aquellos tristes momentos, pero no se atrevió a hacerlo. Simplemente inclinó la cabeza hacia el suelo dejando que él se alejara.

También él había estado a punto de pedirle que le permitiera quedarse con ella. Sabía que lo estaba pasando muy mal y quería ayudarla, pero al ver no había dicho nada y sabiendo que sus hombres lo necesitaban, decidió callar y marchar.

Al sentirse abandonada, en el interior del oscuro y frío camarote, se llevó las manos al rostro y rompió a llorar, mientras en el interior de su cerebro volvían a repetirse una y otra vez las horribles imágenes de la muerte de su padre.

Inconscientemente se acercó a la cama y se dejó caer sobre ella. Era la primera vez que conseguía llorar estando sola, algo que llevaba tiempo necesitando.

El golpe emocional que recibió al ver morir a su padre a manos de aquellos piratas había sido terriblemente cruel, pero la situación de peligro en la que se encontraba no le había permitido la oportunidad de expresar su profundo dolor. Aunque había deseado llegar hasta el cuerpo sin vida de su padre y quedarse junto a él, aún sabiendo que perdería la vida, no había conseguido hacerlo. Pero ahora que había tenido tiempo de pensar más tranquilamente en ello, comprendía y se daba perfectamente cuenta de que Tiburón había hecho bien llevándola con él. Si él no la hubiera retenido y la hubiera dejado ir hasta el cuerpo de su padre, ahora también ella estaría muerta, y con ello no hubiera conseguido nada. Su padre estaba muerto y nada de lo que hubiera hecho o dicho podría cambiar aquella triste y lamentable situación.

Habría deseado que se llevasen con ellos el cuerpo de su padre para que fuera enterrado en la isla de Auruga, junto al de su madre, y que los dos pudieran descansar para siempre juntos, pero no había sido posible. Ni siquiera ella podría, de momento, regresar a la isla. Tiburón le había dicho, a pesar de sus repetidas insistencias de que la llevara, que no podría hacerlo, pues eso le haría perder un tiempo del que no disponía.

Durante un buen rato estuvo llorando echada sobre la cama, hasta que el cansancio la venció y se quedó dormida.

Cuando, unas horas más tarde, Tiburón entró para ver cómo se encontraba, la había encontrado durmiendo tranquilamente. Durante un momento permaneció allí de pie junto a ella, viendo cómo dormía. Gracias a la débil luz amarillenta de la linterna que colgaba del techo pudo ver que sobre las blancas mejillas aún tenía visibles las huellas de las lágrimas que había derramado. Con gran cuidado tomó la manta que estaba sobre la cama y la tapó delicadamente. Luego la besó en la

mejilla y se sintió feliz al saborear el gusto salado de aquellas lágrimas en sus labios. Casi de puntillas, para no hacer ruido, abandonó su camarote y regresó con sus hombres.

El fuerte viento del noroeste había ido cesando lentamente y ahora solo quedaba una ligera y suave brisa que empujaba el galeón paulatinamente, como si lo estuviera acunando.

Tiburón pidió al timonel que se retirase a dormir, que él se ocuparía de gobernar la nave. Este, cansado por la gran cantidad de horas que había permanecido de pie frente al timón, no discutió la orden y se retiró para descansar unas horas, hasta que de nuevo fuera llamado para continuar con su duro trabajo.

Tiburón agarró el timón con ambas manos y miró hacia el cielo, buscando una estrella, mientras el frío viento de la noche le golpeaba ligeramente el rostro y le movía hacia atrás el largo cabello de color castaño claro, que parecía moverse con vida propia.

Cuando encontró la estrella que estaba buscando, en sus labios apareció una leve sonrisa. Giró la cabeza hacia la derecha y buscó la Osa Mayor. La miró fijamente durante unos instantes y a continuación paseó la mirada por todo el firmamento, buscando una estrella que su padre le había mostrado hacía muchos años, en una noche clara y estrellada como esta.

El recuerdo de su padre, especialmente aquella noche, y los acontecimientos del día anterior hicieron que sus ojos se humedecieran ante el doloroso recuerdo. Cerró por un momento los ojos y siguió con el rostro levantado hacia la bóveda celeste, cuando sintió que alguien se estaba acercado a él.

Abrió los ojos y miró a su derecha. Allí frente a él y tapada con una manta, para no coger frío, se encontraba Mercedes. Sabiendo que sus ojos estaban llenos lágrimas y no

queriendo que ella pudiera verlo en esas condiciones, elevó nuevamente el rostro hacia el oscuro cielo.

Ella se acercó hasta él y, colocándose a su espalda, lo abrazó, y por unos segundos creyó sentir que él se había estremecido por aquel abrazo.

Tiburón no dijo nada y siguió mirando hacia el estrellado cielo. Hubiera querido darle las gracias por aquel abrazo que tanto necesitaba en ese momento, y que le hacía saber que después de todo no estaba solo en el mundo, como él no podía evitar pensar cuando la tristeza llegaba hasta su alma en los momentos de soledad, pero un nudo en la garganta no le dejó hablar.

Mercedes apoyó el rostro contra la espalda del joven y permaneció en silencio, pero al ver que él no decía nada, decidió ser ella la primera en hablar.

—¿Por qué no me cuentas qué te pasa?

Él sonrió, y tratando de disimular su voz preguntó:

—¿Por qué me preguntas eso?

—Cuando subía por las escaleras vi tu rostro iluminado por la luz de la luna y no pude evitar ver tus tristes ojos. ¿Qué te sucede?

Sabía que no podía basar en mentiras la sincera relación que quería tener con ella. Respiró profundamente, y con voz temblorosa dijo:

—Estaba recordando la noche en que mi padre me enseñó dónde encontrar la Estrella del Norte.

—Nunca me has hablado de tu familia.

—No. Nunca lo he hecho.

—No creo que Tiburón sea tu verdadero nombre... ¿cuál es?

—César... —hizo una pequeña pausa para tragar saliva y luego continuó—. César Robles Guzmán de Torre Alto

Ella sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda, y se separó un poco de él para poder mirarlo directamente a la cara.

—¿Tú eres el hijo del marqués de Torre Alto? —preguntó con asombro mientras él la miraba intensamente a los ojos—. Eso es imposible, ¡él murió sin tener descendencia!

—Sí. Eso es lo que todo el mundo cree, pero yo soy su hijo.

Al decir estas palabras no pudo evitar nuevamente que sus ojos volvieran a humedecerse por unas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

Ella se acercó a él, y con la mano derecha detuvo aquellas lágrimas que iban camino de caerle sobre el pecho.

—¿Por qué no me cuentas qué pasó? Tal vez eso te ayude a sentirte mejor contigo mismo.

Él la miró durante un momento, en silencio, luego la abrazó por la cintura y acercándola hasta que sus cuerpos se juntaron, dijo:

—Puede que tengas razón. Nunca he hablado de ello con nadie y la verdad necesito sacarlo de mi interior.

Con la mano izquierda cogió el cordel que servía para mantener firme el timón, y lo colocó sobre uno de los pinzotes.

—Hace muchos años... —se calló un instante como si quisiera poner en orden sus pensamientos mientras la miraba fijamente a los ojos—, exactamente me faltaban cuatro meses para cumplir los diez años cuando mi padre, el marqués de Torre Alto, fue destinado como gobernador en la misma isla en la que lo fue tu padre.

—Tenía entendido que ese cargo era para premiar a súbditos que había hecho algún servicio a la Corona.

—Y así es, pero mi padre había tenido algún desacuerdo con el rey Felipe II y este, como satisfacción personal, le ordenó marchar a las Indias con el cargo de gobernador de la isla de Auruga. Llevábamos viviendo un año y medio en Auruga, en la misma mansión que tu padre y tú ocupábais, cuando el rey ordenó a mi padre el regreso a España. Más de una vez durante ese tiempo debió pensar que no había obrado bien, y decidió reparar los hechos. Mis padres y yo

embarcamos en el *San Fernando*, pero tres días más tarde fuimos abordados por un barco pirata. La mayor parte de la tripulación fue asesinada y tirada por la borda, y los que quedaron con vida fueron encerrados en la bodega. A mis padres y a mí no nos hicieron nada, pues aunque no sabían quién era mi padre, alguno de los pasajeros que quedaron con vida debió de decírselo a cambio de que le perdonasen la vida. Es igual, sea como fuere, la verdad fue que los piratas consiguieron saber quién era mi padre, y pensando que podrían conseguir un buen rescate por nosotros decidieron mantenernos con vida. Pero al cuarto día de viaje uno de los piratas, el que todos los días nos traía la comida, debía de haber estado bebiendo, pues cuando entró con la comida la dejó sobre una mesa y comenzó a molestar a mi madre. Yo, probablemente por lo asustado que estaba, fui hacia ella y me abracé con fuerza a su cuerpo, pero el pirata me agarró por el cuello de la chaqueta y me tiró contra el suelo, sobre un rincón, mientras él comenzaba a abrazarse a ella tratando de besarla...

Imposibilitado por el nudo que se le estaba formando en la garganta, se calló un momento.

—No tienes por qué seguir, si no lo deseas.

—No, he empezado y creo que será mejor que lo termine, aunque recordarlo sea muy doloroso para mí... Mi padre no dejaba de pedirle que no la tocara, que apartara sus sucias manos de ella, pero el desgraciado parecía no oírle. Trató de romper la cadena que lo tenía atado a la pared, pero no pudo hacer nada. Al ver que el maldito pirata comenzaba a arrancar el vestido de mi madre, mi padre comenzó a gritar, probablemente con la esperanza de que alguno de los piratas de cubierta pudiera oírle y corrieran en nuestra ayuda. Pero aquel hombre, al oír los gritos desesperados de mi padre, soltó a mi madre, dejándola caer al suelo, y se lanzó contra mi padre, golpeándolo con la culata de su pistola en la cabeza. El golpe debió de ser tan fuerte que mi padre cayó al suelo sin sentido. Mientras todo esto sucedía en aquel maloliente y

oscuro calabozo, yo seguía arrinconado, tratando de pegar mi cuerpo contra la dura madera del barco como si quisiera atravesarla y escapar de aquel maldito infierno. Con gran horror vi cómo aquel hombre, después de golpear brutalmente a mi padre, regresó hasta donde había dejado a mi madre, que aún seguía caída en el suelo, y le arrancaba la blusa dejándola desnuda de cintura hacia arriba. Luego se echó sobre ella, y durante unos instantes solo pude oír los sollozos de mi madre mezclados con los fuertes y profundos suspiros del pirata, mientras yo lloraba y me tapaba la cara con mis sucias y pequeñas manos, para no ver lo que estaba sucediendo.

Durante un instante el calabozo quedó sumido en total silencio, y fue precisamente en ese momento cuando oí a mi madre gritar. “¡Muere canalla!”. Retiré mis manos y vi cómo ella se disponía a clavarle un puñal, que sin duda le había robado, en el pecho, pero él, avisado por las palabras de mi madre, tuvo tiempo de reaccionar y se lo arrebató. Durante unos segundos estuvieron forcejeando por conseguir el cuchillo. Durante la pugna, ella consiguió hacerle un corte en la mejilla derecha. Él, lleno de rabia y con el cerebro nublado por el alcohol, le arrebató el puñal, y en un acto de venganza se lo clavó en el pecho, mientras un desgarrador grito salía de mi garganta. “¡Mama!”, grité yo.

Ella volvió su descompuesto rostro hacia mí. Sus cabellos estaban desordenados por la pelea. Sus ojos me miraron con miedo, no porque se estuviera muriendo, sino porque me dejaba en un mundo cruel y no podía hacer nada para ayudarme. Alargó su mano hacia mí, mientras el homicida comenzaba a ponerse de pie, como si quisiera sujetarme para llevarme con ella, donde quiera que fuera mientras pronunciaba mi nombre. Yo, sin saber qué era lo que estaba haciendo y sin saber de dónde había sacado el valor, me levanté y fui hacia ella, mientras oía los gritos de los piratas que corrían por el pasillo, probablemente alarmados por nuestros chillidos.

Al llegar a ella me abracé con fuerza y, llorando, le supliqué que no se muriese.

Ella me miró con ternura, y antes de cerrar los ojos para siempre, me dijo, “Cuida de tu padre...”.

Mientras yo seguía llorando sobre el cuerpo sin vida de mi madre, los tres hombres que habían entrado en la celda se hicieron cargo de su compañero, y sin preocuparse del estado de mis padres salieron del calabozo, cerrando la puerta con llave.

Nunca supe cuánto tiempo pasé llorando sobre el inerte cuerpo de mi madre. Solo recuerdo que oí que mi padre me llamaba. Levanté la cabeza y miré hacia él. Las lágrimas y la oscuridad de la mazmorra no me permitieron verle el rostro.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó con voz temblorosa.

No respondí, y aunque hubiera querido hacerlo, probablemente no hubiera conseguido decir nada. En aquel momento sentía tanto dolor, odio, impotencia y desprecio contra todo, que mi llanto, como consecuencia del tiempo que llevaba llorando, no me permitía pronunciar palabra alguna. Sentí ruido de cadenas y pensé que mi padre estaba tratando nuevamente de romper las ataduras que le sujetaban a la pared del barco y que le habían impedido venir en ayuda de mi madre. Luego todo ruido cesó. Solamente quedó el fuerte respirar de mi padre, como consecuencia del esfuerzo hecho para romper sus ligaduras.

Sin saber cómo, me levanté lentamente y me acerqué hasta él. Me abracé con fuerza a su cintura y oí cómo rompía a llorar cuando le dije que ella había muerto. Lentamente se dejó caer de rodillas y se abrazó a mí, mientras yo comenzaba a llorar de nuevo.

A la mañana siguiente dos piratas vinieron para llevarse el cuerpo sin vida de mi madre. Yo intenté impedirselo, pero solo conseguí que uno de ellos me golpeará en la mejilla, haciéndome caer al suelo. Miré a mi padre, como suplicándole que no permitieran que se la llevaran, pero él parecía no

estar allí. Su mirada estaba perdida en algún punto oscuro del calabozo y parecía que no era consciente de los acontecimientos.

Estaban a punto de cerrar la puerta cuando oí la voz suplicante de mi padre.

—Díganle al capitán que quisiéramos estar sobre cubierta. Por favor, díganse lo —suplicó, casi sin fuerza para ser oído.

Los dos hombres parecían no haberle oído. Cerraron la puerta y se marcharon. Pero en un corto plazo de tiempo la puerta se abrió de nuevo.

—El capitán quiere veros en cubierta.

Mi padre levantó las manos para mostrar los grilletes.

El hombre que estaba en la puerta giró la cabeza hacia atrás y dijo:

—Entrad y soltadle, pero aseguraos de que tenga las manos bien atadas a la espalda.

Dos piratas pasaron al interior. En unos segundos le habían librado de las cadenas que lo tenían sujeto a la pared y le habían atado las manos a la espalda. Mientras tanto, el pirata que abrió la puerta me tenía agarrado con su mano izquierda por el pelo y sujetaba una daga en la derecha, con la que apuntaba a mi cuello.

Cuando subimos a cubierta vi a un hombre atado al palo mayor sin camisa y con la espalda toda manchada de sangre. Desde mi posición no podía ver su rostro, pero al pasar a su lado pude ver su cara, que tenía apoyada contra el palo, como si eso le calmara del dolor que estaba sufriendo. Al mirar hacia él pude reconocerle. Era el asesino de mi madre. Me solté de mi padre y, acercándome a él, le escupí con odio en la cara. Uno de los dos hombres que nos custodiaban se acercó a mí y me obligó a seguir a mi padre hasta el lado de babor, y allí, sobre una ancha tabla, pude ver el cadáver de mi madre. Alguien se había tomado la molestia de cubrirle el pecho con una camisa de hombre. Nos llevaron hasta quedar a unos tres pasos de distancia, y a punta de espada nos obligaron a no acercarnos más.

El capitán debió de hacer algún tipo señal, pues el hombre que me estaba sujetando me soltó y me empujó hacia el inerte cuerpo de mi madre.

Me acerqué y le retiré los cabellos que el viento le había colocado sobre el rostro, y me abracé a ella, llorando.

Momentos después, el mismo hombre me obligó a retirarme y volver al lado de mi padre.

—¿Podéis soltarme un momento? Quisiera darle un último abrazo —dijo mi padre, con tranquilidad.

El capitán hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y uno de los hombres que estaba al lado de mi padre, usando una daga, le cortó las ataduras.

Mi padre se frotó un momento las muñecas y me miró dulcemente, luego se acercó a mi madre. Le dio un beso en la frente y le dijo algo que no pude oír.

El mismo hombre que le había soltado las ataduras se acercó a mi padre para pedirle que regresara a su sitio, pero en ese momento, y sin que él pudiera evitarlo, mi padre le arrebató el puñal que llevaba colgado a la cintura, y con gran agilidad lo lanzó contra el capitán, a quien mi padre consideraba el culpable de lo sucedido.

El capitán, un poco sorprendido por lo que acababa de pasar y sin esperar aquella reacción de mi padre, se movió con lentitud y no pudo evitar que el puñal le alcanzara en el brazo izquierdo. Al mismo tiempo, y quizás más movido por un instinto de reflejo que por un deseo de matar, uno de los hombres que estaba cerca de mi padre con la espada en la mano, dio un paso adelante y le asestó un golpe en el pecho.

Mi padre se llevó las manos al pecho, dobló las rodillas y lentamente cayó sobre cubierta.

Corrí gritando hacia él, me agaché, le cogí el rostro con ambas manos y le supliqué que no me abandonara él también.

Durante unos segundos me miró fijamente, y en aquellos ojos llenos de dolor y lágrimas vi lo mismo que había visto en los de mi madre.

—¡No te mueras, padre mío! ¡No te mueras!

—Hijo, nunca nos olvides.

Fue todo cuanto pudo decirme antes de que su cabeza cayera de entre mis manos para terminar golpeándose sobre la madera de cubierta. Me abracé a su pecho y rompí a llorar.

—Llevad al muchacho con los otros prisioneros —dijo el capitán.

Uno de ellos me agarró por el cuello y tuvo que utilizar toda su fuerza para conseguir soltarme del cuerpo sin vida de mi padre. No habíamos caminado unos cinco pasos cuando me rebelé y comencé a luchar contra el pirata en un desesperado intento por soltarme.

—¿Qué pasa, no puedes con un chiquillo? —le preguntó el capitán con ironía.

—¡Malditos asesinos! ¡Suéltame, cobarde! Quiero quedarme con mis padres. ¿No me has oído? ¡Canalla! ¡Suéltame!

—Está bien, tráelo aquí. Vosotros —dijo el capitán, indicando a unos que se encontraban a su derecha—, atad los dos cuerpos juntos y tiradlos por la borda. Ya hemos perdido bastante tiempo con esto.

Mientras el pirata me sujetaba por ambos brazos, vi cómo el cuerpo de mi padre era colocado sobre el de mi madre. Después de atarlos con un cabo, los dejaron caer al mar.

Me llevaron con el resto de los prisioneros y unas semanas más tarde fui vendido como esclavo a un plantador de caña, en la isla de Tiburón, donde pasé varios años.

A los dieciséis conseguí escaparme, y después de andar durante dos años trabajando en diferentes barcos como grumete, terminé de nuevo en manos de un barco pirata de procedencia inglesa, que después de matar a casi toda la tripulación nos ofreció la oportunidad de navegar con ellos. Eso o ser arrojados por la borda. Nada tenía que perder, ni tampoco tenía adónde ir, por lo que decidí unirme a ellos. Como no quería que supieran quién era me negué a darles mi

nombre, solamente les dije que procedía de la isla de Tiburón. Y así fue como me llamaron. Lo de Rojo vino más tarde.

Habíamos atacado un barco de cargamento español y para nuestra sorpresa iba vacío. Pero, aun así, tuvimos algunas bajas. Uno de los heridos era un buen amigo mío. En el abordaje perdió el ojo izquierdo. pero cuando llegó el momento de darle las cien piezas de oro que le correspondían por la pérdida del ojo, el capitán se negó, aludiendo que no habíamos conseguido ningún botín. Nadie dijo nada, pero yo no me callé. Me adelanté a los otros y le dije al capitán que mi amigo debía recibir su parte, que era lo acordado.

El capitán Drook descendió las escaleras lentamente, como si quisiera darme tiempo para que me retractara, y se acercó a mí.

—¿Has perdido tú el ojo? —me preguntó de forma amenazante.

—No, pero lo ha perdido Rollings.

—Entonces deja que sea él quien lo reclame.

—No importa quién lo reclame. El hecho es que no se lo queréis pagar.

El capitán me miró como si fuera una molesta mosca nadando en su mejor ron. Se llevó las manos a la espalda y dio un paseo por delante de mí, como si estuviera pensando lo que iba a decir. Luego se detuvo frente a mí y me miró con odio, como si con su mirada quisiera hacerme desaparecer del barco.

—Te has opuesto a mis órdenes, y eso es traición. ¿Sabes cuál es el castigo para un traidor?

Al terminar sus palabras el silencio era tan grande que se podía oír perfectamente el ruido de las olas y el crujir de las viejas maderas del barco. Si alguien hubiera navegado a nuestro lado habría pensado que era un barco fantasma. Nadie se movía de su sitio y parecía que todos habían dejado de respirar, esperando a ver qué hacía yo. Pero había llegado demasiado lejos y ahora no podía echarme atrás o perdería la

confianza de mis compañeros, por lo que miré al capitán a los ojos y al ver el odio con el que me estaba mirando, dije con toda tranquilidad:

—Pedir lo que nos pertenece no es ninguna traición.

—En mi barco sí —gritó él, y me dio una bofetada.

Si esperaba que respondiera a su ataque, se equivocó. Cerré mi puño con rabia y seguí allí, de pie, mirándolo sin moverme. Al ver que no respondía a su provocación me agarró por la camisa, y atrayéndome hacia él me dijo:

—¡Bien, muchacho! Por lo visto quieres un trato especial, pues lo vas a tener.

Me soltó y pidió al primer oficial que preparase una driza.

El primer oficial hizo una señal y dos hombres se acercaron a mí. Me despojaron de mis armas y las dejaron en el suelo.

Cuando estaban pasando la driza por debajo del casco, vieron que un par de tiburones rondaban las cercanías del barco. Uno de ellos se lo comunicó al primer oficial y este preguntó al capitán si seguían adelante.

El capitán Drook no respondió, pero su mirada, preñada con un odio vil, había hablado por él.

Cuando se disponían atar mis manos a la driza, el capitán dijo:

—Teniendo en cuenta los tiburones... —se calló un momento, mientras todos esperaban que suspendiera el castigo—. No te ataremos los pies ni las manos, así podrás saludar a los tuyos... ¡atadlo por la cintura! —gritó, y comenzó a reír la broma.

Como había ordenado el capitán, me ataron por la cintura y me llevaron hasta la borda de estribor. Me sentaron sobre ella y luego alguien me empujó. Durante varios segundos me tuvieron allí colgado para que todos pudieran ver mi rostro. Imagino que esperaban verme suplicar, pero si así fue, no les di el gusto. Me mantuve callado y esperé el momento de entrar en contacto con el agua. Después de todo tenía una

ventaja más que otros menos afortunados que me habían precedido. Tenía las manos y los pies libres, y eso haría que pudiera nadar y llegar al otro lado del barco antes que si las hubiera tenido atadas y tuviera que depender de la habilidad de los que tiraban de la driza al otro lado de la nave, causa por la que algunos hombres perdieron la vida.

Al entrar en contacto con el agua noté que estaba muy fría. Era curioso, pensé, montones de veces había saltado al mar y nunca me había preocupado su temperatura. De pronto, el recuerdo de los tiburones hizo que me olvidara del frío que estaba sintiendo e intenté ver si alguno venía hacia mí. Al principio no pude ver muy bien. La nave impedía que la luz del sol llegara a esta parte del agua, y la visibilidad no era muy buena. Pero, aún así, no puede ver ningún tiburón, lo que me hizo sentir mejor. Cuando llegué al otro lado de la quilla me detuve un momento para dar tiempo a los que estaban tirando de la driza, pues si el capitán llegaba a pensar que había estado poco tiempo debajo del barco me obligaría a pasar otra vez. Pero al sentir que mis pulmones estaban faltos de aire dejé que mi cuerpo saliera a la superficie.

Lentamente me izaron y me subieron a cubierta.

—Pasadlo otra vez —gritó el capitán.

Nadie se extrañó. Era una cosa muy normal hacer pasar una o dos veces al inculpado.

—Pero viendo que hace mucho calor y no queriendo que nuestro amigo padezca sed en su duro viaje —añadió el capitán—, que alguien le dé algo de agua. Tú —dijo dirigiéndose a Rollings, como si aquello pusiera más gracia a su pesada broma—, acércale ese cubo.

Todos comprendieron la broma de mal gusto y nadie rió, excepto el capitán y un par de oficiales.

Rollings, el compañero en cuya defensa yo había salido, se acercó a mí con un cubo. Lo sujetó con ambas manos y lo colocó a la altura de mi pecho. Iba a negarme a beber, pues lo que menos necesitaba en ese momento era tener mi estómago

llo de agua, cuando noté que Rollings me hacía un gesto para que bebiera. Por un instante no supe qué hacer, pero rápidamente comprendí por qué Rollings me lo había indicado. Llevé la boca hasta el borde del cubo y dejé que mi amigo lo levantara con lentitud. Mientras hacía como que bebía, parte del agua cayó por ambos lados de mi cara, resbalando sobre mi camisa para terminar sobre cubierta, pero en mi boca no entró una sola gota. Ahora comprendía por qué mi amigo me había indicado que bebiera; si no lo hubiera hecho, seguramente el capitán se hubiera ocupado de ordenar a otros que lo hicieran para asegurarse de que el agua terminaba en mi estomago. De esta forma el único que podía saber que no había bebido era Rollings, y él nunca diría nada.

Instantes después volvieron a arrojar me al mar. Traté de mantenerme a flote para dar tiempo a que mis pulmones se llenaran de aire, pero un fuerte tirón de la cuerda me sumergió con brusquedad. Enérgicamente nadé hacia el fondo del casco para repetir la maniobra anterior. Pero algo, que en aquel momento no pude explicarme y que más tarde llegué a saber por parte de un compañero, estaba pasando. Alguien tiró por la borda unos trozos de pescado crudo por orden del capitán. Cuando me encontraba debajo el casco vi cómo un tiburón, no muy grande, se estaba acercando. Luego vi otro, y otro, y un poco más lejos, hacia el fondo, varios estaban nadando en círculo.

Por suerte para mí, nadie se había percatado de despojarme de mi cinturón. La hebilla formaba parte del mango de un cuchillo que estaba enfundado en el cuero del cinturón. Su hoja no era muy larga, solamente tenía unas seis pulgadas de extensión, en forma curvada, pero era mejor que defenderme con las manos vacías contra aquellos escualos. Lo agarré con fuerza y me preparé para recibir al primer tiburón.

El que se encontraba más próximo nadó hacia mí e hizo un pequeño círculo a mi alrededor. Pasó tan cerca que puede sentir cómo su áspera piel rozaba mi pierna izquierda. Pero al

contacto conmigo nadó vigorosamente hacia otro lado, alejándose de mí. Miré a mi derecha, donde antes había visto dos y ahora solo quedaba uno. Por un instante me pregunté dónde podía estar el otro. Aún seguía pensando en él, cuando noté que algo me había tocado la espalda. Miré hacia atrás y allí estaba, dispuesto a clavar sus potentes mandíbulas en mi carne. Sin pensar en lo que estaba haciendo, le lancé un golpe y le clavé el cuchillo en la panza, desgarrándole parte de ella. Sentí que el agua se enturbiaba y vi cómo otros dos tiburones venían hacia mí, al mismo tiempo que me sentía arrastrado hacia el otro lado del barco. Nadé con fuerza pensando que nunca conseguiría llegar con vida, pero por una casualidad de esas de la vida, los demás tiburones decidieron ir a por su compañero herido, y por un momento se olvidaron completamente de mí.

Los hombres de cubierta, al ver surgir la sangre sobre la superficie, y creyendo que era la mía, se apresuraron a tirar con fuerza en un intento por salvarme de los tiburones. Rápidamente me subieron a cubierta. El capitán Williams Drook no parecía muy contento con lo sucedido, pero sabía que si en ese momento intentaba algo más contra mí podía terminar haciendo que algunos de los hombres no se sintieran muy a gusto con su decisión. Me había condenado a pasar dos veces por la quilla del barco, incluso sabiendo que el mar estaba infestado de tiburones, y había superado la prueba. Le gustara o no, en ese momento no podía hacer nada más. Parte de los hombres de la tripulación se acercaron a mí, y mientras unos me ayudaron a soltarme de las ataduras, otros se apresuraron a felicitarme por mi buena suerte, si aquello podía ser llamado así.

Cuando terminó de contarle su historia vio que los ojos de Mercedes estaban empañados en lágrimas. Le sujetó la barbilla y la besó en los labios lenta y tiernamente. Luego la rodeó con los brazos por la cintura y la atrajo hacía él hasta que sus cuerpos se encontraron y se unieron en un fuerte

apretón en el que cada uno pudo sentir las formas y los músculos excitados de sus jóvenes cuerpos.

Ella cerró los ojos sin oponer la menor resistencia y se dejó besar, abrazándose a él con fuerza, como si tuviera miedo a perderlo, mientras el *Gran Capitán* seguía surcando las tranquilas aguas del mar y las estrellas brillaban en lo más alto del firmamento.